

Lo que sea de cada quien

Los títeres de don Francisco

Vicente Leñero

De vez en cuando los títeres de Rosete Aranda llegaban a Tacubaya. En la alameda de la colonia, frente al Templo de La Candelaria —avenida Revolución de por medio— la empresa erguía una modesta carpa con bancas de madera. Para mí y para mis hermanos era un acontecimiento que mi padre nos llevara a ver los “autómatas” —así los llamaban— aquellas tardes de sábado. La gozábamos de veras con el programa en turno: *El grito de Dolores*, *La corrida de toros*, *El baile de las calacas*...

Me obsesioné por los títeres desde los seis, ocho años. Tanto, que cuando ya transitábamos por la adolescencia los tres hermanos construimos un teatro con un cajonzote de madera y nos pusimos a dar funciones valiéndonos de marionetas de la juguetería El Jonuco, puertas adentro de nuestra casa.

Al crecer, inevitablemente, dejamos de jugar a los títeres aunque nunca olvidé la maravillosa experiencia de los Rosete Aranda.

La empresa tuvo por años una historia de éxitos. Se asoció con la familia Espinal, que construía marionetas preciosas más grandes y mejores que las de los Rosete, y juntas dieron funciones por toda la República con una compañía de más de cinco mil muñecos.

El negocio se vino abajo cuando apareció la televisión —al menos eso dicen. Se separaron los Rosete Aranda de los Espinal, se pelearon, y las famosas marionetas acabaron dispersándose entre rateros, ambulantes de Tepito y coleccionistas.

Rafael Coronel, por ejemplo, adquirió un gran lote de figuras que hoy exhibe en su museo en Zacatecas. La dirección de teatro de Bellas Artes, por sugerencia de Enrique Lizalde y el impulso de Pepe Solé, rescató después una valiosa cantidad de los originales de Rosete Aranda, y Tita Lizalde



de organizó con ellos una serie de funciones en el Titiriglobo.

Durante una visita a Los Barandales, la casona donde vivía Carmen Toscano, hija de don Salvador el cineasta y discípula mía en un taller de dramaturgia, me topé de pronto con varios autómatas maravillosos. Desde hacía años yo soñaba con poseer una marioneta de aquellas, pero cuando me atreví a pedir a Carmen que me vendiera una, aunque fuera una, ella sonrió como si le hubiera soltado un chiste.

Por fin, al término de los años ochenta, luego de que *Proceso* publicó un reportaje evocador de los Rosete Aranda, Armando Ponce me habló de don Francisco, el último miembro de la familia que había estado al frente de la decaída empresa.

Don Francisco vivía en Huamantla. Era dueño de una botica —de las que aún preparaban recetas con hierbas y mejunjes— situada frente al parque de la población. Don Francisco nos recibió primero como clientes, pero apenas le hablamos de sus títeres se le avivó el semblante. Era un viejo canoso, grandote, simpático, pronto a platicarnos sobre los años de gloria de su familia; luego sobre cómo se fueron perdiendo sus autómatas: alguna vez por un robo, otra

por un incendio en la bodega, otra más por la venta desafortunada de sus parientes.

Sin dejar de hablar y hablar, ademaneando, nos condujo a la rebotica. Ahí —¡qué maravilla!—, en vitrinas horizontales como para exhibir joyas, yacían acostaditos una docena de las marionetas que aún conservaba.

—Los originales, ¡miren!, los de 1861.

Sacó uno de ellos, una china poblana me parece, y lo puso a bailar.

Como él no dejaba su taralata y la china poblana de bailotear sobre la vitrina, lo interrumpí:

—Quiero comprarle uno, don Francisco. —Y señalé un títere que se parecía al cantinflasco Vale Coyote, el que soltaba rollos políticos.

Me miró peor que Carmen Toscano.

—No están a la venta —gruñó—. Son los últimos.

Empecé a chillonearle sobre mi infancia, mis recuerdos, mi admiración por su familia... Luego utilicé la palabra dólares con ánimo de impresionarlo.

—Mil dólares, don Francisco. —Era una fortuna para mí.

Fue cuando Armando Ponce intervino con un discurso conmovedor que pareció ablandar al viejo boticario.

—Déjenme pensarlo —silbó suavemente.

Salimos de la botica mientras él lo pensaba. Comimos en una fonda cercana al parque. Regresamos dos horas después para decirle a bocajarro, como si estuviéramos jugando póquer.

—Dos mil dólares, don Francisco.

Con lo único que salimos de la botica de Huamantla fue con un folleto delgado, de pastas azules, que antologaba elogios a la *Empresa Nacional de autómatas de los hermanos Rosete Aranda*, publicado en Morelia en 1907. **U**